

Chiapas: Historia y memoria (decir el presente)

Arturo Noguez Valencia

Con la aurora del año de 1994 despertaríamos a un nuevo año, y a los comienzos de la guerra de Chiapas, la cual apuntaría a despertar nuestra memoria, a ahuyentar el escandaloso olvido, a pensar en la forma como se "hace la historia", como se la legitima; pero principalmente, nos colocaría frente al problema del poder, la historia y la democracia. A partir de los planteamientos de Michel Foucault intentaríamos decir el presente de este acontecimiento que hoy nos convoca a pensar de otro modo, a hacer una genealogía de la historia y la memoria colectiva, acudiendo al grito de esas voces sin cuerpo 500 años sepultadas y vueltas escombros de archivos estadísticos, enmudecidos saldos rojos del proyecto del poder, la razón y la democracia.

La violencia de la guerra suscitada por el desbordamiento de los saberes sometidos habría echado a andar el molino de las palabras sin fin, resucitando tradiciones, apelando a la razón y el derecho, azotando los rostros con los logros de la parsimoniosa "familia revolucionaria" y la no menos honorable "familia chiapaneca", todo para acallar 500 años de sometimiento con el peso de 60 años de paz y bienestar social. Pero hoy, en Larráinzar, bajo los auspicios del diálogo, se había de librar la última batalla, cuyo objetivo es la procuración de una paz digna y duradera. Y nos preguntaríamos: ¿Qué haremos luego con el racismo que inunda nuestro ser "nacionalmente unificado"?

Los diferentes acontecimientos ocurridos durante 1994 mostraron los espacios de fractura de nuestro sistema político. Uno de ellos, la guerra de Chiapas, apuntaría a despertar nuestra memoria, a alejar el escandaloso olvido, a pensar en la forma como se "hace

la historia”, como se la legitima; pero, principalmente, nos colocaría frente al problema del poder, la historia y la democracia.

Al abordar esta compleja problemática, elegimos no hacerlo desde una teoría social en particular, sino más bien desde una forma de decir el presente, intentando pensar de otro modo, conforme los planteamientos de Michel Foucault. Entonces, intentaríamos hacer una genealogía de la historia y la memoria colectiva, y señalar fundamentalmente la persistencia del desequilibrio en las relaciones de fuerzas que nos hablan no de una identidad histórica, sino de la imposibilidad de lograr esa identidad, porque en el caso de Chiapas, la historia demostraría que desde hace 500 años ahí “no ha pasado nada”.

Pero hoy, en Larráinzar, la historia podría sufrir un vuelco: quizá algunos de los elementos que estarán en juego en esa continuación de la guerra —eso y no otra cosa es la política del diálogo— son los que intentaré enunciar a lo largo del presente trabajo.

Chiapas: historia y memoria del poder y los agravios

En Chiapas, a fines del siglo XVI:

pónenles a los indios, amén de los que padecen por servir y contentar al español que los tiene encomendados, en cada pueblo un carnicero o verdugo cruel, que llaman estanciero o calpisque, para que los tenga debajo de la mano y haga trabajar y hacer todo lo que quiere el amo, o encomendero. Éste los azota y apalea y empringa con tocino caliente. Éste los aflige y atormenta con los continuos trabajos que les da. Éste les viola y fuerza las hijas y mujeres, las deshonra usando mal dellas, y éste les come las gallinas, que es el tesoro mayor que los poseen. Y éste les hace otras cosas increíbles vejaciones. Y porque de tantos males no se vayan a quejar, atemorízalos con decirles que dirá, que los vido idolatrar.¹

Poco más de cien años habrían transcurrido desde el descubrimiento, la conquista y el proyecto evangelizador; así, es factible pensar que los tiempos de los virreyes, los encomenderos, el feudalismo y el vasallaje (mezclado con la esclavitud tanto de negros como de indios), pronto habrían de convertirse en un oscuro pero quizá

¹ Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, (Tomo 1), Ediciones Era, México, 1985, p. 78.

necesario, capítulo de la historia de México, en general, y de la región de Chiapas, en particular. Sin embargo, los tiempos de la historia y los tiempos de la razón y el progreso no siempre coinciden. En este sentido, en el caso de Chiapas asistimos a un providencial modo de transcurrir del tiempo y de la historia: tiempo único donde coexisten al pasado remoto y el presente inmediato, sin distinción, sin rupturas, sin solución de continuidad.

Es indudable que múltiples e importantes acontecimientos se habrían gestado en el norte y en el centro —sur de México, por ejemplo, la Guerra de Independencia, el Porfiriato, la revolución mexicana—, pero, en Chiapas “no pasó nada”: los héroes, los villanos, los precursores, los vencedores de las grandes guerras, los que se ganaron su lugar en los sagrados textos de historia de la Revolución, todos ellos estuvieron en otra parte.

Esto no quiere decir que mientras en una parte del territorio nacional las violencias desatadas por librarse del yugo de la dependencia primero, y, después, las resistencias vueltas odio acumulado por una dictadura —cuya investidura llevaría como emblema de sus triunfos, de su intolerable ejercicio del poder, el desposeimiento, la hambruna y la miseria de miles de ciudadanos mexicanos relegados a una existencia estéril, en fin, sellados los triunfos por una “costumbre del poder”, del fraude electoral, de la cooperación entre el poder espiritual y el poder político-terrenal, el acarreo “voluntario” a cambio de la recompensa, la dádiva que saciaría el instante de un hambre que hundiría sus raíces más allá de los cuerpos hasta convertirse en la memoria colectiva de un tiempo preñado y hartado de las promesas surgidas en medio de las conmemoraciones y festividades del poder—, mientras esto, y aún más estaba ocurriendo en algunos espacios de la geografía del poder, cobrando la cuota de sangre “necesaria” para forjar las instituciones de la paz, devastando pueblos en nombre del derecho, no quiere decir que en Chiapas reinará la paz de los bosques, la cordialidad entre indios, criollos y ladinos, que el poder espiritual se hubiera enseñoreado finalmente en una porción de la tierra y, cumpliendo los designios de Dios, el gobierno de los otros hubiese construido el anhelado “leviatán hobbesiano”, por cuanto:

Dícese que un Estado ha sido instituido cuando una multitud de hombres convienen y pactan, cada uno con cada uno, que a un cierto hombre o asamblea de hombres se la otorgará por mayoría, el derecho de representar a la persona de todos [...] Cada uno de ellos, tanto los que han votado en pro como los que han votado en contra, debe

autorizar todas las acciones y juicios de ese hombre o asamblea de hombres, lo mismo que si fueran suyos propios, el objeto de vivir apaciblemente entre sí y ser protegidos contra otros hombres.²

Quizás existiría un leviatán central, pero no uno regional, pues cuando en otras latitudes hubo guerra, también la hubo en Chiapas; pero cuando reinaba cierta paz en el país, la guerra en Chiapas, la “pequeña guerra”, a escala de las posibilidades, a la medida de los actores; esa guerra se desarrollaba en el escenario cerrado de las fincas cafetaleras, los ranchos ganaderos y agrícolas, y las selvas madereras explotadas y devastadas: guerras que, por sus dimensiones, no atraían la atención de historiadores o cronistas, pues la sangre derramada no era suficiente ni significativa como para modificar los cauces de la historia y el devenir del progreso. En realidad se trataba de “sólo cosas de los indios”.

¿A quién podría importarle que en Chiapas el sistema colonial perdurara no sólo como había existido doscientos años antes, sino que también su supervivencia se extendiese, en el tiempo, más allá del advenimiento de la república? Naturalmente a los vencedores, a quienes infligieron la derrota definitiva del porfiriato y del régimen de Victoriano Huerta, que en un persistente alarde de consecución de la unidad nacional arribarían a la región de Chiapas arrasando y destruyendo lo que encontraron a su paso, coronando sus incursiones, “decretando nada menos que la abolición de la esclavitud y de la servidumbre por deudas”.³

El sistema colonial, la obra construida con tantísimo esfuerzo por los terratenientes ladinos, parecería de pronto destruirse, pero... Diríamos que, su histórico honor señorial, la desmedida lealtad de sus vasallos, su vocación rural, aprovechando los desconciertos de la reconstrucción-construcción del naciente poder político liberal, cuya matriz no es difícil reconocerla en el denominado Partido Nacional Revolucionario; entonces, desconciertos, temores a nuevas conflagraciones, traiciones en las que no participarían por su benéfica geografía política que los colocaba en la periferia de la lucha por el poder, coadyuvaría todo ello al positivo establecimiento de alianzas con el caudillo sonoreense Alvaro Obregón. Como una infinita muestra de agradecimiento, al caudillo les procuraría, a los terratenientes

² Thomas Hobbes, *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 142.

³ Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, op. cit., p. 17.

ladinos, un irrestricto respeto a su “soberanía” regional, consistente en otorgarles plena libertad y poder para la administración de esa gigantesca hacienda que, desde siempre, había sido Chiapas. No hay duda alguna: en 1920 se había renovado el pacto genocida, formulado inicialmente y llevado a la práctica con el auxilio (no podría ser de otra manera) de algunos misioneros, los suficientes, a través de su cristiana labor de evangelización. Esa evangelización, desde luego, no se circunscribiría al convencimiento de que los indígenas por propia voluntad debían abandonar sus prácticas “idólatras” y abrazar la fe verdadera, también implicaría la forzosa sustracción de utilidad de esos cuerpos vueltos domesticables por medio del terrorismo espiritual y los intolerables excesos del poder terrenal y caciquil. Esta cooperación entre el poder espiritual y el poder político terrenal, caciquil, vería sus frutos en el sistema de endeudamiento progresivo y la venta forzada, traducido todo ello en las famosas “tiendas de raya”. En este proceso participaron indistintamente representantes de uno u otro poder, en su papel de administradores de vidas y haciendas”. Así en el *Libro de Mozos* del siglo XVIII encontraríamos que:

Nicolás Juárez salario 30 tostones, se concertó para mi Fray Feliciano de Velasco; pero en veinticinco de octubre de mil setecientos y diez y ocho, primeramente se descuenta: diez tostones y un real de su tributo, más once tostones y dos reales que paga de mantas, más cuatro tostones y dos reales de nagua y un güeipil, más dos tostones y dos reales de ungüento, más un tostón de dos Bulas, más dos tostones que yo le dí, más cuatro tostones y un real que recibió del Mayordomo. En suma treinta y cuatro tostones y ocho reales. Quedan en deuda mensual cuatro tostones y ocho reales.⁴

Es evidente que el administrador de vidas y haciendas sería el precursor de lo que más tarde se conocería como “tiendas de raya”.

Es necesario insistir: en Chiapas la historia carece de tiempo, siempre es un presente, pues el sistema colonial aún existe e insiste en su supervivencia al lado del sistema capitalista. Las guerras de castas se han sucedido sin cesar, quizás sólo modificadas por los avances en la tecnología de la guerra. Las incansables e infructuosas luchas por la tierra continúan sin tiempo, y también sin solución. Historia sin tiempo para todos los indígenas de la región de Chiapas, para quienes el intermitente, pero constante descubrimiento de todas las

⁴ *Op. cit.*, pp. 104-105.

riquezas que yacen en su territorio sólo significan un nuevo motivo para ser saqueados, una nueva forma de explotación en aras del progreso, la razón y el derecho, pero por encima de todo esto es un proceso que ensancha las diferencias, al hacer más profundos su miseria y abandono. Es la reiteración y renovada confirmación del cerco tutelar que durante 500 años ha ahogado sus cuerpos y sus voces, tornándolos inexistentes e inaudibles más allá de las fronteras trazadas por las fincas y las haciendas, los campos de labranza y las tiendas de raya.

Cerco tutelar que expresaría toda su riqueza cruel e infamante en las almas y en los cuerpos: tutelaje cruelmente divino y evangelizador que sembraría en las almas la semilla de la impotencia, la manse dumbre y la docilidad, y tutelaje intolerablemente terrenal, político y caciquil que marcaría en los cuerpos las profundas huellas de las diferencias irreductibles del racismo embozado en los indigenismos a ultranza. Genealogía de un poder que aún hoy no se contentaría con abrogarse el derecho de vida y muerte, como en las soberanías del ayer, sino que imponiéndole su sello particular ha logrado, incluso, se vinculará la muerte con la salvación, pues en Chiapas ni los muertos se salvan: la deuda contraída, el débito, la renta de la fuerza de trabajo, sólo cambia de cuerpo, sólo se renueva dentro del marco de una peculiar forma de pensar y practicar la teoría del valor, del valor de uso y del valor de cambio. Así, entre las tiendas de raya y el cementerio no hay ruptura, sino continuidad. Quizás a ello apuntaría un letrero colocado en un cementerio de uno de tantos pueblos de Chiapas, y en el cual no podríamos leer equívocos, ni metáforas, sino la realidad que hoy golpearía, despertándola de su somnolencia, nuestra tranquilidad y paz social: "Aquí yacen los muertos que viven en Zapaluta".

Vale la pena insistir, en Chiapas el problema no inició al alba de 1994, sino 500 años antes, y hoy como ayer, los problemas, los reclamos, los agravios siguen siendo los mismos. Aun si releemos la historia en la consagración de sus textos oficiales, sólo atinaremos a encontrar estadísticas demográficas, mapas de dispersión étnica, crónicas de luchas relegadas a "conflictos religiosos", geografía de su riqueza, su explotación y, desde luego, las múltiples formas como la región "coopera al engrandecimiento de México" por la vía de la sustracción y el saqueo, la paz y tranquilidad en que se desempeñan de tiempo en tiempo las elecciones estatales, los programas de ayuda social que el poder central "consciente de la pobreza de los mexicanos más desposeídos" promueve y difunde, de frontera a

frontera, cosechando triunfos para el partido en el poder, y traduciendo éstos en el alarde de “bienestar social”.

Finalmente, en Chiapas no pasa nada porque la historia se ha encargado precisamente sólo de “los grandes acontecimientos”, de los enormes actores de la historia, de los importantísimos escenarios donde se libra la batalla electoral para la construcción de la democracia; es decir, la historia del poder sólo otorgaría “importancia” a aquellos eventos sociales que desafían y amenazan con desbordar los cauces establecidos por el proyecto político neoliberal, y todo lo demás no existe, no hace historia, se le puede sumergir sin dificultad en el olvido y el abandono. Sería por eso que:

La historia nunca había sido otra cosa que la historia que el poder se contaba a sí mismo sobre sí mismo. En suma, la historia que el poder hacía relatar sobre él era la historia del poder a través del poder.⁵

Hubiera sido necesario que los cuerpos ateridos de miseria, llagados de sometimiento histórico, ávidos de saciar el hambre de tierra, hartos de solidaridades, saciados de futuros sin presente, colmados de los excesos del intolerable e incansable recorrido triunfalista de los guerreros de la democracia y el derecho, elevaran sus múltiples voces sin cuerpo; que la mítica Torre de Babel cayera unificando las palabras en una sola: ¡BASTA!

Hubiera sido necesario que los cuerpos salieran de los saldos del poder, donde sólo significaban un número para una estadística o para un proyecto, que dejaran de ser el residuo de “lo que falta por hacer”, pero que puede esperar pues primero hay que investigar cómo se han modificado los escenarios electorales en pos de la ansiada construcción de la democracia que “todos merecemos”. Primero hay que fortalecer nuestro Estado de derecho, multiplicando las reformas a los múltiples códigos, sin detenernos a mirar a ellos se han conformado con la sangre coagulada de miles de indígenas en la lucha infructuosa por vivir “también como mexicanos”. Primero debemos empeñarnos en “lavar” las dignidades ofendidas allende la frontera norte, hagamos mítines ante embajadas para oponernos ante “propuestas” que hieren nuestra dignidad de mexicanos, porque es cierto: somos mexicanos, los indígenas “son otra cosa”; ellos

⁵ Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coordinadores), *México, hoy*, Siglo XXI, México, 1979, pp. 101-102.

tienen sus varias secretarías que “les resuelven todos sus problemas”; aquí dentro no pasa nada.

Sin embargo,

la persistencia del indio (no de las etnias) revela la actualidad de una estructura de dominación colonial con todas sus implicaciones ideológicas, mucho más extendidas éstas que los sistemas sociales concretos en que la relación colonial indio-no indio es la definición básica y cotidiana. En efecto, los asentamientos indios son hoy periféricos en términos nacionales; conforman las llamadas regiones de refugio, caracterizadas por la presencia de una ciudad mestiza que funciona como centro rector de un conjunto de aldeas y comunidades indias, a las que domina y explota dentro de un esquema de relación colonial. Se encuentran formas vicariales de comercio, laborales, de autoridad, de relación social; caciquismo, violencia, intolerancia y discriminación racista, más acentuadas e impunes, más totales, que en otras regiones del país. (...) Basta asomarse a estas zonas de refugio, para conocer en vivo los aspectos más repugnantes y descarnados de nuestra realidad nacional: el asesinato como manera usual de represión; la ignorancia insolente de un mínimo orden jurídico; el despojo como una acción concreta, física; el racismo que marca todas las relaciones y las valoraciones; la reificación del indio; el autoritarismo que no alega ninguna justificación porque se legitima a sí mismo; la violencia y el temor cotidianos. La naturalidad de todo esto. La ausencia de escándalo.⁶

Sólo por insistir: ¿se podría pensar que este planteamiento surgió a propósito de los hechos que marcaron nuestro años de gracia de 1994? No, es de 1979, y en este tiempo, esta temporalidad, pergeñada de tantos avances en la vida central y democrática, en Chiapas no ha pasado nada. Nos preguntamos: ¿hoy pasará algo?

Chiapas: pensar de otro modo y decir el presente

Es necesario que, aun cuando adopte la forma de un discurso histórico, el pensamiento funcione según un régimen de contramemoria. Y esto es necesario porque, así como los etnólogos han denunciado el etnocentrismo, Foucault, al considerar la historia como una especie de etnología interna de nuestra cultura, denuncia la comodidad de una forma de memoria histórica que disfraza los horrores como errores para legitimar un presente sometido a la presunción de lo normal y a los poderes de la norma. (...) “Pensar de otro modo” y “decir

⁶ Gilles Deleuze, E. Balibar y otros, *Michel Foucault, Filósofo*, GEDISA Editorial, Barcelona, 1990, p. 118.

el presente” implican romper con el hábito de tomar lo normal como el criterio de lo real, implican disipar la confusión de lo normal y lo actual: dado y a priori a la vez. Si Foucault pudo decir que el poder produce lo real, lo hizo porque caracteriza el poder como poder de normalización, como poder normalizador. Se sabe que una norma es aquello que: 1) está conforme con los hábitos; 2) está conforme con un principio racional; 3) está conforme con la historia o la tradición. Hay que suponer que un poder normalizador opera sobre la formación de los hábitos, los principios racionalizadores y las legitimaciones históricas.⁷

Precisamente el 1 de enero de 1994 muestra cotidianeidad se rompió por la acción armada emprendida por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. A partir de ese momento la realidad producida por el poder mostraría sus múltiples fracturas; la tradición de un ayer remoto casi historia remota, se levantaría para cuestionar el hoy de nuestra modernidad. Parecería como si el fragor de la batalla, librada a varios cientos de kilómetros del centro mismo del poder, de la cultura, del testimonio inconmensurable de la modernidad que acompasadamente y de manera habitual cobija nuestras individualidades, hubiera sido la llamada de atención para comenzar a desempolvar los viejos textos de historia de México, de la Conquista, de la Guerra de Independencia, de la revolución mexicana. Como si fuese el tiempo de buscar afanosa y ávidamente en los archivos muertos las tablas estadísticas, las bases de datos, los proyectos, etcétera, para darnos cuenta de que

este mundo indígena está poblado por 300 mil tzotziles, 120 mil choles, 90 mil zoques y 70 mil tojolobales. [Y que] el supremo gobierno reconoce que “sólo” la mitad de este millón de indígenas se analfabeta.⁸

También a partir de ese momento se sucederían múltiples crónicas: relatos sobre los arrebatos de violencia del EZLN al lado de las acciones “en defensa del orden social subvertido” emprendidas para el Ejército mexicano; relatos de las crueldades de la guerra provocada injustamente por un puñado de sujetos antigobiernistas, y al lado, los actos heroicos de salvamento y protección de la inocente

⁷ E. Balibar, G. Deleuze y otros, *Michel Foucault. Filósofo*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1990, p. 118.

⁸ Colectivo, *La palabra de los armados de verdad y fuego*, (Tomo 1), Editorial Fuenteovejuna, Edición No Comercial, México, 1994, p. 24.

sociedad civil realizadas, otra vez, por el Ejército mexicano. Los testimonios de ambas partes proliferaron: de pronto 500 años de silencio se transmutaron en un discurso sin fin, se habría echado a andar el molino de las palabras desde los más diversos ángulos y posiciones: políticas, religiosas, civiles, etcétera. Buscar la inteligibilidad de lo que estaba ocurriendo se convertiría en el punto central de todo discurso considerado serio: buscar las causas, explicar los efectos y condenar los medios; puestos la mano y el corazón en los sagrados textos del derecho, condenar, sancionar de injustificada la violencia; hurgar en los cuerpos y en las ideologías lo que de extraño a nuestra historia y a nuestra tradición podrían explicar los arrebatos de odio; en fin, minimizar hasta el escándalo la real dimensión del proceso. En este último sentido se habría pronunciado el aún presidente Carlos Salinas de Gortari, en el Foro Económico Mundial realizado en Davos, Suiza:

Y finalmente, y muy importante, antes de concluir, quisiera hacer un comentario sobre los eventos recientes en el sur de México, en el estado de Chiapas. Este es un problema local, en una región de pobreza extrema, donde hay muchos habitantes de origen indígena, y que es fronterizo con Centroamérica. Ahí existen problemas serios, disputas, pero éste no es un levantamiento indígena. Algunos indígenas participaron bajo un grupo armado, bien entrenado y de ideología radical. Nuestra decisión, nuestra determinación ha sido resolver este problema a través de medios políticos y no a través de la fuerza, con respecto a los derechos humanos, promoviendo el diálogo...⁹

Resolver el problema por medios políticos, ¿qué ha significado? En principio, el esfuerzo económico empeñado desde 1993, un año antes, en el Pronasol. En septiembre de ese mismo año, el presidente Carlos Salinas de Gortari, acompañado de una selecta comitiva, realizó una gira de trabajo para festejar la cuarta Semana Nacional de Solidaridad (entre sus caros acompañantes se contaría al candidato Luis Donald Colosio Murrieta). En Guadalupe Tepeyac, municipio de Las Margaritas,

Salinas inauguró ahí el Hospital Rural IMSS-Solidaridad Guadalupe-Tepeyac, construido para dar atención médica de segundo nivel a 115 000 tojolabales, diseminados en 130 poblados de cuatro municipios chiapanecos.¹⁰

⁹ *Proceso*, año 17, núm. 901, 7 de febrero de 1994, p. 39.

¹⁰ *Proceso*, año 17, núm. 897, 10 de enero de 1994, p. 44.

Conmemoraciones, festividades, rituales triunfalistas del poder que cuenta la historia de sí mismo y somete el saber de los vencidos. Ésta es justamente una de las soluciones políticas, y aún prevenciones, al estallido de 1994. Pero las voces de verdad y fuego de los vencidos no hablarían de otro modo, de otra realidad:

Entre las construcciones logradas de Solidaridad está el Cereso número 5, la cárcel de San Cristóbal, el cuartel de Rancho Nuevo, la otra cárcel de Yajalón, la de Tila. Son cárceles y cuarteles lo que se construyó con solidaridad. También pintaron escuelas de blanco y les pusieron Pronasol. Pero dice el gobierno federal que si mandó el dinero, nomás que no llegó. La verdad es que nunca se preocupó por ver si estaba llegando. Y todo mundo sabe que cuando vino Salinas a inaugurar el hospital de Guadalupe Tepeyac, cuando se fue la comitiva un camión que iba justo detrás se llevó parte de las cosas. Quedó un cascarón. Un hospital que no tiene agua.¹¹

Para continuar, es necesario afirmar que el estallido de Chiapas ha pasado por una serie de etapas: 1) El asombro, la sorpresa causada por “la ruptura del Estado de derecho”, el cuestionamiento a la vida institucional, la violencia de una guerra “incomprensible”(?).

2) Una vez recuperada la fuerza por la andanada de protestas opuestas a la violencia, y surgidas desde las plumas más humildes hasta las más nobles y connotadas, habría de surgir el “camino del perdón por las afrentas cometidas”.

3) El enaltecimiento de la democracia plena y el llamado al diálogo.

4) Desacuerdos que irritan al poder y conminan al jefe mayor de las fuerzas armadas (léase: presidente Ernesto Zedillo) a cambiar la relación de fuerzas: a través de una brillantísima investigación se descubre la identidad del subcomandante Marcos, lo cual automáticamente lo convierte en un delincuente del fuero común; las órdenes son terminantes: que la PGR se ocupe de él, que lo aprehenda.

5) Lo infructuoso de la acción por la respuesta que generó en la sociedad civil obligaría al ejecutivo a “dar un paso atrás”: vuelta al diálogo por “una paz digna”.

6) La negociación, con todas las dificultades que hoy en día enfrenta.

De todo este proceso quisiéramos destacar lo siguiente: ¿Lo que estaría en juego sería, por un lado, el cuestionamiento radical no sólo a la supuesta “paz y tranquilidad social” que privaría en todos los

¹¹ Colectivo, *La palabra de los armados...*, op. cit., p. 245.

confines de la nación y como resultado de esa gesta llamada revolución mexicana y, por otro lado, a manera de interrogante, la construcción de la democracia excluyente *a fortiori*, y necesariamente, la violencia, independientemente de que ésta surja de 500 años de agravios? Esta interrogante no sería simple pues abriría otras más: ¿qué se negociará? Parangonando el pacto de 1920, ¿ahora en vez de abolir la esclavitud se negociará el fin del racismo? ¿se negociará el olvido de las afrentas al poder por la vía de la amnistía y de paso el olvido de los agravios? ¿se negociará el reconocimiento de la igualdad entre indios y no indios? En fin, hoy el desafío a la democracia no sólo está en Chiapas, sino en todo lugar donde un indígena sea objeto de un sistema de explotación colonial, y esos espacios son demasiados, pero el olvido pertinaz los ha silenciado de manera eficaz.

Queremos insistir en la violencia por una razón: percibimos que el problema no es la simple elección de justificación o no del ejercicio de la violencia como una forma o vía de expresión de demandas; más bien pensamos que centrar la atención sólo en la violencia manifiesta (y de ello se han ocupado, como ya lo hemos mencionado, desde sencillos ciudadanos de la sociedad civil, intelectuales y funcionarios) promovería una sutil estrategia de poder: los 500 años de sufrimiento por los intolerables excesos del poder JAMÁS podrán compararse con los poco más de 60 años de paz y tranquilidad social, con el Estado de derecho y vida institucional que la gran "familia revolucionaria" en el centro, y la gran "familia chiapaneca" en el sur, han procurado a todos los mexicanos. En la aritmética política 60 será siempre mayor a 500; pero el desafío a la democracia quizás no sea aritmético, es más bien estadístico, lo sabemos bien por la preocupación que invade e inunda a los investigadores de los procesos electorales, pletóricos de bases de datos, de cuadros y gráficas, con todo un arsenal de saber formalizado para someter mejor y más eficazmente el saber de los derrotados, para acallar las voces de BASTA.

No debe entenderse esto como una crítica absurda hacia un trabajo teórico intelectual necesario, sino como una interrogante sobre los quehaceres que la construcción de la democracia plantea, y la relación que éstos guardan con las normas, los hábitos y las legitimaciones históricas.

quienes legitiman el recurso de la violencia como vía para tratar de resolver los problemas que padece toda la nación, además de revelar

su candidez, traicionan un grado de inconsciencia que resulta de verdad impresionante.¹²

Y por si no fuera suficiente:

Contra lo que muchos pretenden, el país mucho ha cambiado políticamente en los últimos 25 años. A pesar de evidentes rezagos institucionales, a pesar de la pervivencia de prácticas autoritarias, sólo la mayor ceguera intelectual y política puede negar los avances logrados en el difícil proceso de democratización y civilización del Estado mexicano. Solo el antigobiernismo maniqueo puede no reconocer que el propio proceso de apertura económica y de inserción comercial, además, obliga al gobierno y a las fuerzas armadas a asumir un creciente respeto por los derechos humanos y políticos de los ciudadanos. (...) Poco importa entonces si algunos de esos dirigentes no son mexicanos; poco importa igualmente si surgieron de los grupos armados de la década de los setenta o si provienen de la teología de la liberación o incluso de los partidos políticos. Lo relevante es que, cualquiera que sea su origen y sus motivaciones, están profundamente equivocados y carecen de toda legitimidad para promover una lucha armada sin más porvenir que la muerte y el sufrimiento de cientos y miles de mexicanos. Lo relevante es que ellos son los responsables directos e inmediatos de los indígenas y campesinos que están muriendo absurdamente por una decisión injustificable y atroz.¹³

Es indudable, los pronunciamientos en contra de la violencia conllevan al enaltecimiento del Estado de derecho, al llamado a la legalidad, al cambio del tutelaje: de autoritario a irresponsable, pero lo que no parece percibirse, o nuevamente es relegado al olvido es que cómo se puede quebrantar un Estado de derecho, de legalidad, acudir a las instituciones de la vida democrática, cuando (¡otra vez!) durante cientos de años a los indígenas de Chiapas se les ha mantenido en la ignorancia máxima de todo conocimiento jurídico como una estrategia de sometimiento. Si para los indígenas de Chiapas el único orden de legalidad que se les ha dado a conocer es el de las ilegales "guardias blancas" de los finqueros, es decir, la legalidad de las ramas y de las cárceles clandestinas; si las instituciones de la vida democrática han mostrado a los indígenas, cientos de veces y durante cientos de años que todas sus demandas por la tierra, por la salud, por la educación, por la vida, sólo encuentran un NO rotundo a la promesa de un hartazgo a futuro.

¹² *Nexos*, año 17, vol. XVII, núm. 194, febrero de 1994, p. XXIII.

¹³ *Étcétera*, núm. 51, 20 de enero de 1994, p. 3.

En una reciente visita a la entidad, el secretario de la Reforma Agraria, Víctor Cervera Pacheco, aseguró que “en Chiapas no hay latifundios”.¹⁴

Entonces, ¿cómo opera el Estado de derecho que sin incluir a los indígenas (en el sentido de sujetos jurídicos iguales), los coloca en el lugar de la infracción, en el lugar de lo castigable?

Antes de castigar, el Estado de derecho, de acuerdo con sus voceros autorizados, en un alarde de magnanimidad, benevolencia, comprensión y, nuevamente, enarbolando la bandera de la democracia, otorgaría el PERDÓN a los “alzados de Chiapas”. Ante esta situación, el subcomandante Marcos se preguntaría:

¿De qué nos van a perdonar? ¿De no morirnos de hambre? ¿De no callarnos en nuestra miseria? ¿De no haber aceptado humildemente la gigantesca carga histórica de desprecio y abandono? [...] ¿De no ser mexicanos todos? ¿De ser mayoritariamente indígenas? [...] ¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo? ¿Los que durante años y años, se sentaron ante una mesa llena y se saciaron mientras con nosotros se sentaba la muerte, tan cotidiana, tan muestra que acabamos por dejar de tenerle miedo? ¿Los que se llenaron las bolsas y el alma de declaraciones y promesas? ¿Los muertos, nuestros muertos, tan mortalmente muertos de muerte “natural”, es decir, de sarampión, tosferina, dengue, cólera, tifoidea, mononucleosis, tétanos, pulmonía, paludismo y otras lindezas gastrointestinales y pulmonares?¹⁵

Por ahora nos detendremos aquí. Sólo nos falta plantear lo siguiente: Larráinzar, Chiapas, es hoy el espacio donde se desarrolla la negociación, donde continúa la guerra con los mismos actores pero en otros escenarios y con otras armas. No se debe olvidar que la política es la continuación de la guerra; una guerra que no es menos cruel por la ausencia del choque de los cuerpos y la sangre derramada; sigue siendo cruel porque con la negociación se libra la “última batalla”, aquélla que colocará a los vencedores de un lado y a los vencidos del otro: aquí no habrá “tablas” (como de ajedrez). La procuración de una paz digna y duradera, como objetivo de la negociación, nos conmina a interrogarnos: ¿Paz digna y duradera para la soberanía y el poder de Estado violentado por las acciones del EZLN? o, ¿paz digna y duradera para todos los indígenas que ha elevado su palabra de verdad y fuego para decir ¡BASTA! por los 500

¹⁴ Colectivo, *La palabra de los armados...*, op. cit., (Tomo 2), p. 132.

¹⁵ Op. cit., (Tomo 1), pp. 107-108.

años de intolerable exceso de ejercicio del poder? Hoy, entonces, Larráinzar es el desafío a la posibilidad de dar un paso real en la construcción de la democracia, pero también es el momento de pensar en el racismo que puebla nuestra "unidad nacional"; ¿qué haríamos con él?

Bibliografía

- Balibar, E., Deleuze, G. y otros, *Michel Foucault. Filósofo*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1990.
- Colectivo, *La palabra de las armados de verdad y fuego*, (2 vols.), Editorial Fuenteovejuna, Edición No Comercial, México, 1994.
- Foucault, Michel, *Genealogía del racismo*, Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992.
- García de León, Antonio, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, (2 vols.), Ediciones Era, México, 1985.
- González Casanova, Pablo y Florescano, Enrique (coordinadores), *México, hoy*, Siglo XXI, México, 3a. ed., 1979.
- Hobbes, Thomas, *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, México, 3a. reimp., 1987.
- Etcétera*, núm. 51, 20 de enero de 1994.
- Nexos*, año 17, vol. XVII, núm. 194, febrero de 1994.
- Proceso*, año 17, núm. 897, 10 de enero de 1994.
- Proceso*, año 17, núm. 901, 7 de febrero de 1994.